

llevarlo a una desastrosa guerra, de religión en apariencia, y de personales y políticas aspiraciones en el fondo.

En el mismo sentido, pero en estilo del candidato, se expresa *La Igualdad*.

Prescindimos de la vulgaridad del *Diario* al recordarle al señor Ospina el "hábito del jesuita"<sup>3</sup> de 1850; y de la infamia de *La Igualdad* al echarle en cara al ilustre proscrito las persecuciones de que fue víctima, "la capilla de Chapinero y los castillos de la Costa", actos de refinada crueldad en que el candidato redactor<sup>4</sup> tuvo parte. Estas reminiscencias se rompen en el escudo de la notoria honradez del agredido, y vuelven como acusaciones nunca embotadas contra los desacordados agresores.

De todo esto prescindimos para fijarnos en el interesante fenómeno filosófico-político de que a todos estos politicastros les falta un sentido para comprender el espíritu elevado, exento de mezquinas ambiciones, que preside a la fundación de las "sociedades católicas" en el país.

Si no fuese en ellos esta falta de sentido una incapacidad orgánica, nosotros les diríamos:

Mirad si somos revolucionarios cuando pudiendo hacer revolución hemos preferido siempre las artes de la paz, nunca hemos entrado en ligas ni pertenecido a sociedades secretas.

Mirad si somos humanamente ambiciosos cuando ningún empleo público apetecemos ni solicitamos por conservar ileso y puro, libre de toda sombra de sospecha, el tesoro de nuestras tradiciones y creencias.

De los hombres antiguos, de los que pertenecen a otra generación, pudiérais contestar que se han mantenido fieles

<sup>3</sup> [Manera irónica de referirse a la defensa que de los hicieron Mariano Ospina y José Eusebio Caro, en las páginas de *La Civilización*, 1850, en el gobierno del general José Hilario López].

<sup>4</sup> [José María Rojas Garrido].

a su partido ligados por fuertes compromisos; pero ¿qué decir de los jóvenes? ¿Qué decir de la generación que empezando a vivir cuando triunfó la revolución, libre e comprometidos, apta para colocarse en los escalones del poder con que sólo adorase al ídolo, se decidió por los vencidos y aceptó las duras consecuencias de esta noble preferencia?

En esa generación unos flaquearon; los que no se resignaron a esperar para lejanas épocas, quizá para después de su muerte, el triunfo de sus ideas, esos se pasaron a vuestro campo; ahí están; a ellos llamadlos ambiciosos. Pero d d otro calificativo a los que en aras de nuestras creencias hemos sacrificado diez, veinte años, la vida de muchas ambiciones; a los que llevamos trazas de no transigir nunca con vuestras ideas, de perseverar hasta el fin.

Si fuésemos ambiciosos ya estaríamos a vuestro lado satisfaciendo o tratando de satisfacer una ambición como esa que en más de diez años no habéis saciado.

No temáis ambiciones nuestras, temed vuestras ideas que es lo que en nosotros hay fuerte, que es lo que nos hace invencibles. Si nosotros en masa nos pasáramos a vosotros, la lucha seguiría: nuevos partidos puramente personales, como los que entre vosotros asoman cuando nosotros nos alejamos del campo, tornarían a disputarse los puestos públicos siempre jugando las mentidas armas de republicanismo y libertad; porque vosotros sois esencialmente ambiciosos, y la ambición no ama la patria pues no la tiene; porque la ambición es egoísmo que desune, es emulación que inquieta, es fiebre que devora. Si nosotros todos nos pasáramos a vuestro campo, la república sería siempre reino dividido y nada ganaría la patria.

Nosotros no odiamos vuestras personas sino vuestras ideas. Si todos vosotros os pasaseis a nuestro campo, nuestros principios, aceptaríamos vuestras personas; no tendríamos inconveniente en cederos a vosotros los primeros

puestos públicos; porque nosotros no queremos triunfos personales sino el triunfo de las ideas y estas ideas triunfarían en vosotros. Votaríamos, de vosotros, por los que fuesen más dignos por razones subsidiarias de inteligencia y consagración. Entonces no habría partidos contra la patria; entonces habría un gobierno nacional.

Vosotros sois legión; nosotros somos la patria.

Vosotros sois la discordia; nosotros somos la paz.

Vosotros sois los partidos; nosotros somos la unidad.

Sois injustos cuando identificáis nuestra causa con antiguas reminiscencias políticas. Tenemos clara afinidad con el antiguo partido conservador; tenemos todo lo que él tuvo de bueno; pero no tenemos sus compromisos ni respondemos de sus errores.

Somos el partido católico; y hasta tomamos con repugnancia el nombre de partido porque quisiéramos que no hubiera sino patria y ciudadanos, madres e hijos. Somos católicos; la persecución que nos habéis declarado nos obliga a ser partido: los odios que nos tenéis forman vuestra inmoral unidad y provocan nuestra inquebrantable resistencia. He aquí los partidos: vosotros los hacéis; vosotros sois los autores del mal.

La desgracia purifica. Ella es nuestra madre; a sus pechos nos criamos y no conocemos más brazos que los suyos. Esta es "la generación ilustrada y vigorosa que viene a reemplazar la generación desalentada que se retira de la escena", según la expresión del señor Ospina. Él se ha incorporado en su seno; él le trae experiencias, ella vuelve sus fuerzas juveniles. Pero ni él ha podido traer ni ella concebir en sí ambiciones de mando.

¿Ambiciones políticas el señor Ospina? Él puede decir como el emperador romano: "Todo lo fuí y nada aprovecha". Al señor Ospina después de tantas coronas, después

de tantos sufrimientos y desengaños le queda una ambición, una sola: la de decir la verdad y la de hacer el bien.

Que las asociaciones católicas se han fundado bajo la inspiración y dirección del señor Ospina, es una equivocación maliciosa. Él las halló fundadas, y en ellas ha ingresado. Las almas jóvenes, a los jóvenes.

Esto teníamos que decirle a la prensa liberal. ¿Pero entenderá la prensa liberal el idioma puro y sincero, comprenderá el espíritu eminentemente patriótico de la juventud católica?

¡Ah! ¡les falta a esos hombres el sentido de la visión espiritual, y por lo mismo la virtud de la justicia!

*El Tradicionista*, Bogotá, 14 de enero de 1873, año II, trim. 1°, núm. 120, págs. 600-601.

## LA LUCHA

Fenómeno tan antiguo como el hombre, y cuya explicación, si fuese completa y distinta, sería poco menos que la solución del problema de la vida y de la sociedad, es la lucha del hombre con el hombre mismo, lucha que tomando principio y ejemplo en el Paraíso, se viene transmitiendo de generación en generación, y es en la familia, desgracia; en la sociedad, revolución o tiranía; irrupciones y guerras en el mundo.

¿Por qué lucha el hombre con el hombre? ¿Será la guerra su estado natural según la doctrina de un célebre filósofo? <sup>1</sup> ¿O será más bien por ventura nuestra, un estado

<sup>1</sup> [Tomás Hobbes, 1588-1679, "La mayor parte de los escritores políticos creen que el hombre nace con cierta disposición a la sociedad: esto es falso, según Hobbes. En realidad cada uno no busca en la sociedad sino lo que le parece bueno, y el hombre es, por naturaleza tan salvaje como los animales más feroces: 'El hombre es un lobo para el hombre'. El único instinto que Hobbes reconoce al hombre es el más simple y elemental: el instinto de conservación. Si se llama *derecho* a la libertad que cada uno tiene de usar sus facultades naturales conforme a la recta razón, se deduce que el hombre tiene por naturaleza el derecho de hacer todo lo que juzgue bueno para su conservación, es decir: de hacer o poseer todo lo que le agrade. Pero, al mismo tiempo, la razón muestra al hombre que este derecho sobre todas las cosas le es inútil, por pertenecer también a todos los hombres, que son iguales. De ello resultaría, si cada uno quisiera ejercitarlo, una guerra de todos contra todos, que es contraria a la conservación de todos y de cada uno. La experiencia de las guerras civiles muestra que esta guerra de todos contra todos (*bellum omnium contra omnes*) no es mera fantasía, sino un peligro siempre inminente. La naturaleza, es decir, el instinto de conservación, guiado por la razón, enseña, pues, que es preciso, para nuestra conservación, procurar la paz, si es posible; para esto, hay que dejar de querer ejercer su derecho sobre las cosas. Los hombres, por tanto, por ley de su naturaleza y su razón, están inclinados a hacer

anormal y morboso? ¿Volveremos a cobrar la salud? ¿Cuándo, por qué medios? Incapaces de resolver tan altos problemas, mucho menos en un artículo de periódico, nos contentaremos con consignar algunas observaciones y señalar algunos notables caracteres de la lucha humana.

Parece a primera vista que la causa de la lucha entre los hombres, es la desigualdad de condiciones. Ella engendra la envidia, la ambición y todas las pasiones que entrechocándose producen alternativamente, ya el conflicto, ya la tiranía del que vence y la servidumbre del vencido. Causa de todos los males, la lucha parece a su vez hija de todas las pasiones, resultado éstas de la desigualdad de condiciones.

Esta teoría, que a primera vista parece exacta, es sin embargo falsa; ella es uno de los errores que, habiéndose propagado como sentimiento y erigiéndose en sistema, fortifican las causas de la lucha y encruelen la lucha misma.

Sí: la desigualdad de condiciones es ocasión de la lucha, mas no su causa eficiente, y confundir la causa con la ocasión,

entre sí contratos, por los que cada uno de los contra antes se despoja de una parte de sus derechos, dejando al otro libre disfrute del derecho natural que ambos tenían sobre aquello que abandonan. El pacto o promesa de observar el contrato tiene, pues, por única finalidad nuestra propia conservación. Se entiende que, en estado de naturaleza, el pacto no obliga, en modo alguno, si uno de los contratantes tiene motivo para temer que el otro no lo observe, es decir, si tiene motivo para temer por su propia conservación. Sin embargo, como la observación de los pactos es la garantía de la paz, la ley natural nos dice que hay que observarlos, que hay que responder al beneficio con el beneficio y no con la ingratitud; nos ordena la clemencia, nos prohíbe la crueldad, los celos, el orgullo; nos ordena moderación y equidad; nos aconseja someter las preferencias a árbitros imparciales: leyes todas que no se deducen de instintos morales ni consentimiento universal, sino de la recta razón que busca los medios de conservación; estas leyes son inmutables por ser conclusiones sacadas por razonamiento". ÉMILE BRÉHIER, *Historia de la filosofía*; traducción por Demetrio Nájuez; t. II, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1948, págs. 142-143].

constituye el error funesto de que hablamos. La desigualdad de condiciones es necesaria en la sociedad, en toda sociedad; si todos tuviesen igual poder, igual fortuna, iguales facultades, no habría armonía ni equilibrio entre los elementos integrantes de la sociedad, no habría en ésta unidad de movimiento ni unidad de fin; es decir, no habría orden ni progreso. Siendo la desigualdad condición inevitable de toda sociedad, si esa desigualdad hubiese de producir necesariamente la lucha, ésta estallaría en el seno de toda sociedad, sería su forma natural. Pero en la sociedad cristiana hay desigualdad y no hay lucha; luego la lucha no es producto necesario de la desigualdad de condiciones.

Si la lucha naciese de la desigualdad, para acabar con la lucha habría que extinguir la desigualdad; pero como ésta es inevitable, y por su naturaleza inmortal, la teoría que pone la causa del mal en la desigualdad, no hace más que sancionar la lucha en dondequiera que haya desigualdades, es decir siempre y en todas partes, y además encruelcerla estimulando a los descontentos, que son todos, a atacar lo que no muere, lo que está en todos, lo que es obra de la voluntad de Dios, es decir la desigualdad de condiciones en sus criaturas.

Así esa teoría, madre de todas las teorías liberales, la teoría que localiza el mal social en la desigualdad justifica el mal y lo aumenta. La doctrina cristiana, por el contrario, supone la desigualdad (no en cualquiera forma, pero sí en alguna forma) como necesaria, y hace nacer la pasión que engendra los rayos homicidas, no de esa desigualdad, sino del vicio y el error, de la voluntad rebelde y del entumecimiento ofuscado.

Por eso la Iglesia principia predicando como virtud capital la resignación, es decir, el contentamiento de cada cual con la labor que el padre de familia humana, Dios, le tiene designada; y como verdad también principal, el reconoci-

miento de que la desigualdad de condiciones bien entendida y regulada, no es un mal, no un desorden, sino bien y armonía. Los hombres que practican esa virtud y profesan ese principio, tienen paz en la tierra, porque ellos son los hombres de buena voluntad a quienes los ángeles del cielo la prometieron <sup>2</sup>.

Filosóficamente hablando, prescindiendo del carácter sobrenatural de la Iglesia, díganos el buen sentido: ¿quién sabe más, el liberalismo que vinculando el principio del mal en la desigualdad orgánica de la sociedad, para combatir el mal combate el organismo sin lograr destruirlo (pues a una forma de desigualdad él sustituye otras), pero sí con-moverlo y mantenerlo en perturbaciones constantes; o el catolicismo, que finca el mal no en el organismo social sino en los desórdenes de ese organismo; no en la desigualdad de condiciones sino en el vicio y el error, y que por consiguiente para combatir el mal, lejos de herir el organismo lo protege, lo purifica y restaura combatiendo los errores y vicios que lo envuelven? ¿Cuál de los dos, liberalismo y catolicismo, ama y busca la paz; aquél, que sanciona la guerra y la hace inacabable; o éste, único fundador de asociaciones esencialmente pacíficas?

El liberalismo defiende la lucha, y ataca a la Iglesia que enseña la paz. El liberalismo quiere libertades ilimitadas, que en la práctica son la lucha; profesa la doctrina del interés, que es la doctrina de los intereses encontrados, que son la lucha; erige en derecho la insurrección, que es, si triunfa, madre de despotismos, y el despotismo y la revolución son la lucha. La Iglesia quiere la libertad, pero asociada a la

<sup>2</sup> ["Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis". Luc., 2. 14].

unidad, es decir la libertad de la virtud, imagen de la libertad de Dios.

En la lucha de los intereses y las pasiones, no es difícil ver cómo se mezcla la teoría liberal que la estimula. Así por ejemplo el sistema instrucionista<sup>3</sup> que con tanto calor han emprendido nuestros liberales a imitación de los liberales europeos, parece a primera vista obra de la ambición, que hallándose estrecha en la extensión constitucional del gobierno, la ensancha creando ese nuevo departamento para colocar partidarios y recompensar servicios. Hasta aquí es sólo la ambición la autora del costoso sistema; pero cuando al empeño de cazar niños se añade el de suprimir a todo trance la enseñanza de religión en la escuela, propósito adverso al interés mismo que los instrucionistas tienen de acreditar su empresa lucrativa, claro se ve que a la ambición inquieta se ha unido la teoría liberal amenazadora, enemiga de la paz que da la Iglesia. De aquí el doble carácter de absorbente e impío que señala al moderno sistema instrucionista. La Iglesia, al contrario, no tiene otro objeto en sus escuelas que enseñar la verdad y combatir el vicio, es decir, educar, esparcir simientes de paz para la familia y la sociedad.

Por todo lo dicho se ve que la Iglesia lucha es haciéndole la guerra a la guerra, así como el liberalismo lucha por perpetuar la guerra pagana. De aquí se sigue también que, siendo la Iglesia la única institución que ha fundado a la paz, todo sistema moral o político que tenga en mira la paz, debe imitar a la Iglesia, debe adoptar una base esencialmente católica. El espíritu cristiano práctico, esto es el catolicismo,

<sup>3</sup> [Cf. "Instrucción laica", en CARO, *Obras*, ed. del Instituto Caro y Cuervo, t. I, págs. 1352-1373].

es la paz de la sociedad, como lo es de la familia, y como lo es de toda asociación humana, que tanto se acercan a ellas a la perfección cuanto se asemejan al tipo inmortal de la familia cristiana.

*El Tradicionista*, Bogotá, 15 de marzo de 1873, año II, trim. 1°, núm. 146, págs. 704-705.